

préstamo para realizar grandes mejoras materiales. También se ocupó Maximiliano en formar un Estatuto sobre garantías individuales, un reglamento sobre buques nacionalizados y otro sobre trabajadores del campo, que quedó en letra muerta; expidió una ley para dirimir cuestiones entre los pueblos sobre tierras y aguas; otra relativa á la administracion de los Departamentos; dió la ley sobre instruccion pública; designó las festividades nacionales; reglamentó el registro civil, la recepcion de abogados y la de pensiones. En el plan de estudios, que tendia á la instruccion enciclopédica, se prohibia la admision de alumnos internos mayores de cierta edad, lo que impidió que pasaran á estudiar á la capital muchos jóvenes de los Departamentos; pero las grandes causas para los males subsistian, y cada vez se ponía el porvenir más nebuloso para el Imperio, sublevándose las tropas aun en los alrededores de la capital, segun aconteció en Pachuca. Maximiliano premió con la Gran Cruz del Aguila Mexicana al gefe Tomas Mejía, por la defensa que hizo de Matamoros, punto expuesto á un ataque por parte de los norte-americanos. Mantenian los imperialistas sus esperanzas por la pugna que Gonzalez Ortega sostenia con el Sr. Juarez, queriendo le entregara el mando como á presidente de la Suprema Corte, llamado por la Constitucion para cuando terminado el período constitucional no fuera hecha la eleccion. En la Suprema Corte no habia quedado más que D. Manuel Ruiz, porque los Sres. Cortes Esparza y Lacunza habian reconocido al Imperio, pero tambien se separó del Sr. Juarez protestando contra la ilegalidad de que se mantuviera en el Poder. A fines de Octubre ya se retiraban los franceses de Chihuahua y el 13 de Noviembre dejaba el Sr. Juarez la villa de Paso del Norte y se dirigia á la capital del Estado, y aunque volvió al Paso ya no fué sino eventualmente.

Al examinar qué habian conseguido la Intervencion y el Imperio despues de tres años, tan solo se encontraba gastos nulos, emprendidos en plantear el nuevo gobierno, y exceptuando algunos triunfos militares que de ninguna manera correspondian á los esfuerzos y el dinero empleados, nada notable se habia obtenido. Un nuevo peligro, otro motivo de inestabilidad para el Imperio, vino con la muerte del rey Léopoldo, padre de la princesa Carlota, pues habia mostrado mucho interés en favor del gobierno imperial en México. Estaban los Príncipes en Cuernavaca cuando recibieron la noticia, y al regresar á la capital resolvieron cambiar el Ministerio presidido por el Sr. F. Ramirez; á la vez llegaba á México el ministro de Maximiliano en Francia, Sr. Hidalgo, y traia el encargo de participar que esa Nacion nada podia hacer ya en favor del Imperio mexicano, pues esperaba graves complicaciones en Europa á causa de la guerra entre Italia y Austria. Napoleon pidió aún repetidas ocasiones á los Estados- Unidos, que para retirar las tropas fuera reconocido por ellos el Imperio; pero nada consiguió y entónces el ministro frances aseguró al Gabinete de Washington, que la Francia no trajo preferencia por tal ó cual gobierno en México, sino que solamente vino á asegurar los intereses de sus nacionales y que cooperó al restablecimiento de cosas que consideró mejor garantizado. En tan angustiadas circunstancias, Maximiliano comenzaba á volver sus miradas hácia su verdadero partido, envió á Roma al Padre Fischer para que abriera de nuevo las negociaciones, y modificó el celo ardiente y la manera con que se habia expresado acerca del Pontífice romano.

Alimentaban los imperialistas aún las esperanzas originadas de las rencillas que contra el Sr. Juarez sostenian Gonzalez Ortega y sus amigos, á cuyas protestas se debió que los Estados- Unidos se abstuvieran de nombrar por cierto tiempo ministro cerca del gobierno republicano, aunque no dejaron de insistir en que los franceses aban-

donaran á México y se negaban á reconocer á Maximiliano cualesquiera que fuesen las consecuencias de la negativa; entre las fuerzas del gefe imperialista Mejía, en Matamoros, y las de los norte-americanos, se presentaban á cada paso conflictos, y como la opinion del pueblo en la vecina República es influyente en la marcha del gobierno, fué enviado el general Schofield á Francia con la mision de exponer la necesidad de concluir un pronto arreglo para la retirada de los franceses. Habiendo sido asaltada Bagdad por tropas negras de la orilla norte-americana, vinieron nuevas complicaciones, y tomó otro aspecto la cuestion militar en la frontera, pasando á Matamoros las tropas francesas de Nuevo-Leon y Coahuila. El gobierno austriaco tambien dejó de proteger el embarque de tropas para México, y cuando Francia no pudo obtener ni aun la oferta de neutralidad de los Estados- Unidos para con el gobierno de Maximiliano, no pensó ya sino en sacar sus tropas cuidando tan solo de no hacer una retirada con precipitacion, y fijó plazo para ello. Al saber Maximiliano esta determinacion de la Francia, á la cual habia dado gusto hasta permitir que la Hacienda quedara sujeta á un frances, pasó á la capital, dejando su retiro de Cuernavaca y pareció resuelto á sostener con los solos recursos de sus partidarios el trono que habia de caer al quitarle su natural apoyo; nombró nuevo Ministerio y nuevos comisarios que sin embargo nada podrian, porque todavia no quiso separarse del partido liberal moderado, causa principal de su ruina.

Las esperanzas de los imperialistas, como las de todos los que van sucumbiendo, se reanimaban con cualquiera apariencia de salvacion; creyeron que apareceria de nuevo la guerra en los Estados- Unidos al darse la ley llamada de libertos; pero la suerte estaba echada desde que Napoleon dijo: «que las tropas iban á regresar luego que aseguraran los intereses franceses» que vinieron á defender, sin que le hiciera variar ninguna de las influencias que se opusieron á esa determinacion, contándose entre ellas la de Forey. Completamente cambió el aspecto de la política la declaracion de que los franceses estaban en México por cuestion internacional; esta inflexion era un reproche lanzado al partido que aceptaba la Intervencion, pues atribuía origen espurio al gobierno nacido bajo su sombra, é indicó que fácilmente olvidaba Napoleon las instrucciones que habian traído sus generales. Por el mes de Marzo (1866) llegaba á México el baron de Saillard, para arreglar con Maximiliano las condiciones bajo las cuales habian de regresar las tropas francesas y lo relativo á la deuda; pero Maximiliano se abstuvo de tratar; volvió á Cuernavaca, tuvo frecuentes juntas para tratar de la Hacienda, y envió sus cartas de retiro á la Legacion en Roma, pues un Concordato que se habia llegado á formar no tuvo carácter oficial, no obstante que Maximiliano se comprometia á dar una indemnizacion por el valor de los bienes secularizados. En esta vez se vió en la administracion imperial empeño y laboriosidad, para todo lo que podia tender á la estabilidad y á remediar los males públicos; pero eran de tal trascendencia, desde el origen de ese gobierno que se habia levantado sobre bayonetas extranjeras y en lagos de sangre mexicana; se notaba tanto la falta de plan gubernativo, sólidamente concertado, que fueron nulos todos los esfuerzos hechos en favor del establecimiento de mejoras morales y materiales. En los momentos supremos en que iban á retirarse las tropas francesas, á cuya sombra crecia el parásito Imperio, y cuando en el Senado de los Estados- Unidos se admitia una proposicion sobre un empréstito en favor de la República mexicana, se le aconsejó á Maximiliano que cambiara de política y se pusiera completamente en manos del partido conservador, que era propiamente el suyo; que limitara los gastos de la administracion á lo que producian las rentas y que sacrificara el lujo

y el ridículo boato á la realidad de las cosas; pero nada podían en Maximiliano las observaciones verdaderamente juiciosas y no abandonó su idea de conciliar los partidos por medio de la autoridad y de la protección á las leyes de Reforma.

Cuando los cuerpos del ejército republicano eran ya temibles por la disciplina y la experiencia; cuando todo el país se levantaba contra un orden de cosas que se veía bien no podía subsistir, y los franceses se preparaban para la retirada por Abril de 1866, Maximiliano disponía la manera de contener la inundación del Valle, hacia viajes á Cuernavaca y proyectaba pasar al Interior y visitar á Guadalajara. Un movimiento notabilísimo comenzó á tener lugar en las ideas y en favor de los republicanos, á los cuales se adherían muchos que hasta entonces les habían sido del todo opuestos, y se presentía la ruina completa del Imperio no obstante que llegaba á Veracruz el 6º batallón de la legión extranjera, contra cuyo envío protestó Mr. Seward, usando para con Austria duras expresiones. Maximiliano no desesperaba en sus esfuerzos por ligar de alguna manera los intereses del Imperio con los de los Estados-Unidos, por contratos sobre colonización, ó por concesiones para el establecimiento de líneas de vapores entre Veracruz y Nueva-Orleans, aun después que los Estados-Unidos nombraron ministro cerca de Juárez á Mr. Campbell. Aunque la República vecina sostenía la política de no intervención, entendida á su modo, tomaba una actitud exigente y resuelta en nuestros asuntos, á consecuencia de la cual, más que por las complicaciones que amenazaban á la Europa, resolvió Napoleón el 5 de Abril, que saldrían de México los primeros cinco mil soldados franceses en Noviembre de 1867, cuya noticia transmitió al gobierno de los Estados-Unidos su ministro en París, Mr. Bigelow; el gobierno de Washington no quedó conforme, pero aplazó su resolución y exponer sus deseos.

Maximiliano sacaba recursos por medio de contribuciones muy mal recibidas, pues no se admitía como base el producto de las fincas sino el valor absoluto de ellas; esto aumentó el número de los que aplaudían el regreso de los franceses, contándose entre ellos los que sin hostilizar de frente al Imperio, no eran ni habían sido adictos á la Intervención; con doble intención asegurábase que la partida de los franceses era saludable á Maximiliano: unos para que cayera más presto, y otros de buena fé querían que se levantara un ejército permanente nacional, y cerraban los ojos para no ver los escollos que existían bajo esa mar tranquila en que representaban al Imperio; éstos veían como una necedad y un chiste los augurios de algunos periódicos, como «El Marques de Caravaca,» que aseguró se acercaba una gran catástrofe inevitable y segura, y que no estaba lejos el día de una venganza inexorable. El «Diario del Imperio» declaraba, por el contrario, que los elementos nacionales no desaparecerían con la salida de los franceses, antes bien entonces habría probabilidades de completa pacificación y de consolidar un gobierno, y que iba á concluir el cuadro de exterminio y anarquía proveído de la división de opiniones; aseguró que la política de Maximiliano sería la amalgamación de los partidos y que contaba para ello y para prestigiar su gobierno, con las relaciones exteriores y con reemplazar suficientemente al ejército que se iba. Envió Maximiliano cartas de retiro á su ministro Hidalgo, en Francia, y entonces nombró á Almonte para que pusiera á Napoleón la disyuntiva de no abandonar á México ó romper con él completamente, no obstante que las agitaciones europeas le probaban la dificultad de conseguir lo primero, cuando en Austria misma se impedía el embarque de las tropas.

Esta situación no podía ménos que aumentar el número de los republicanos, y á tal

grado en los Estados del Norte, que pensó Bazaine establecer su cuartel general en San Luis Potosí, por haber caído Matamoros en poder del general Escobedo, después de la derrota que sufrió el jefe Olvera, y de la capitulación de Mejía que se retiró á Veracruz; Tampico también seguía amenazado, y como declararon los Estados-Unidos que los efectos de guerra eran de corriente comercio, se abastecieron de ellos los republicanos. Grande efecto produjo la pérdida de Matamoros, aunque era esperada; á nadie se ocultó la trascendencia del suceso, por el cual los republicanos recobraban una fuente de recursos, un punto de apoyo muy valioso y un centro de comunicaciones con los Estados-Unidos; también allá causó sensación la caída de una plaza que daba al Presidente Juárez, ya dueño de Chihuahua, el carácter de estabilidad que le faltó por tanto tiempo; vino tal suceso á dar nueva faz á la situación y abrió un período crítico para el Imperio, al grado de haber vuelto Bazaine al Interior. Desde que se tuvo por cierta la desocupación de México por las tropas francesas, se apresuraron muchos á darse de alta en las filas republicanas y crecieron las sublevaciones; los Alvarez estrecharon el sitio de Acapulco y en Sinaloa llegó Corona á acuñar moneda. A cada suceso notable se hablaba del cambio de ministros; pero hasta que palpó Maximiliano el abismo abierto á sus pies resolvió variar de política, llamó á Márquez, y sustituyó las cortes marciales por consejos de guerra; expidió el Código Civil del Imperio y suprimió algunas comandancias militares, y como Almonte nada había conseguido en Europa, creyó necesaria la marcha de la princesa Carlota, para que personalmente agenciara la permanencia de los franceses en México y que no fuera abandonado el Imperio; la princesa visitó antes la villa de Guadalupe, y en seguida salió por el tren de Veracruz el 8 de Julio y se embarcó el 13 (1866); en la navegación fué atacada de enajenación mental, molestábase el incesante ruido de la hélice, y cuando llegó á Europa ya estaba loca, trastorno que se le había notado después de la navegación que hizo para ir á Yucatan. Maximiliano insistía en solicitar de Francia los recursos, al grado de mostrar intención de abdicar en caso de que se los negara; pero Napoleón siguió inflexible en su propósito de no auxiliarle. Para atraerse la simpatía de Francia apeló Maximiliano aun á la formación de un Gabinete francés, poniendo en Guerra al general Osmont y en Hacienda á Mr. Friant, quienes duraron poco porque Francia les negó el permiso para continuar; entonces se dió por seguro que Maximiliano iba á rodearse nuevamente de sus verdaderos partidarios, de los intervencionistas y monarquistas, y á retirarse de los liberales.

El Imperio no había podido cumplir con lo pactado en la Convención celebrada en Setiembre de 1865, y apenas ascendieron á doce millones las cantidades que había podido entregar de los cuarenta millones pactados. La disposición para que se efectuara la quinta en los Departamentos de México, Puebla y Querétaro, aumentó el malestar; fué una nueva conmoción que sufrió la sociedad, y trajo á Maximiliano mayores males que los que se habrían originado de la leva ú otro arbitrio para llenar los cuadros del ejército. De tal naturaleza aparecieron los inconvenientes del sorteo, que fué preciso suspenderlo, no obstante que ya Francia había manifestado al ministro Bigelow, que podría ser la retirada de las tropas francesas antes del plazo dado, por consideraciones climatéricas y otras. La defección de las fuerzas imperiales era considerable, al grado de haber sido aprehendidos en la capital individuos del partido conservador que la protegían, y otros como el canónigo Ordoñez y D. José Miguel Arroyo, acusados de santanistas. El oleaje republicano iba subiendo y amenazaba ahogar al Imperio; Rosalino Méndez obligó á capitular en Tampico á ciento cincuenta franceses, y cuerpos conside-

rables de ejército sitiaban á poblaciones importantes y eran dueños de las costas; hasta Lozada abandonaba á Maximiliano pasando, dijo, á la vida privada; los franceses seguían la retirada limitando sus movimientos á protegerla; sin embargo, los imperialistas no desmayaban, porque supieron que se había hecho la paz entre Prusia y Austria, precisamente al llegar á Europa la princesa Carlota.

Resuelto Maximiliano á entregarse á los conservadores, llamó á su lado, al ministerio de Justicia, al Sr. D. Teodosio Lares y también á D. Teófilo Marin, pero conoció cuán necesario le era el dinero que completamente escaseaba, sin que lograra realizar ninguno de los medios para conseguirlo; invistió al jefe Mendez de plena autoridad en Michoacan, cuando ya los republicanos habían recibido orden de avanzar al Interior, y entonces todos los partidarios del Imperio estaban pendientes del resultado de la misión que á Europa había llevado la princesa Carlota, sin fijarse mucho en los detalles de la guerra, hasta que en Setiembre (1866) se supo que Napoleón no accedía á la petición por los compromisos que tenía con los Estados-Unidos. Nuevas alarmas se espantaron por la sociedad á causa de que á los bienes de manos muertas se les impuso el quince por ciento sobre el valor en que fueron adjudicados; la comisión revisora fué retirada y la ley sobre esta materia acabó de dar al Imperio el golpe de gracia, decidiendo en su contra un gran número de propietarios, alarmados también por las confiscaciones que en sus haciendas venían ejerciendo los republicanos. El Gabinete conservador fué compuesto por el Sr. Lares con los Sres. Teófilo Marin, Manuel García Aguirre y Joaquin de Mier y Teran, encargados respectivamente de Gobernación, Cultos y Fomento; al general Tabera se le encomendó la Guerra, y á D. Joaquin Torres Larrainzar la Hacienda, quedando en Negocios Extranjeros el Sr. Pereda; por el cambio habido en la política fueron más de cuatrocientas personas á dar las gracias á Maximiliano, que residía en Chapultepec. Pero las circunstancias se agravaron hasta el punto de haber declarado el Presidente de los Estados-Unidos, Mr. Johnson, que era nulo el decreto de Maximiliano que declaraba cerrado el puerto de Matamoros. Sin embargo de tanta contrariedad, y cuando se creía que este Príncipe iba á abdicar, declaró en un discurso pronunciado el 16 de Setiembre, que un varón de su familia no huía de riesgos y dificultades. El nuevo Ministerio dió un programa en que se traslucía el triste cuadro del país, y basó la legitimidad del Imperio en las actas que lo establecieron; pero este sistema quedaba vacilante y en grandes conflictos al retirarse los franceses: tenía que luchar no solamente con el elemento republicano activo y eficaz, sino con la protección decidida que á éste daban los Estados-Unidos. En aquel programa se pedía la mancomunidad de esfuerzos entre todos los cuerpos del gobierno; concentración del Poder Ejecutivo en el Ministerio; elección de nuevos jefes políticos; reorganización de los Departamentos del Norte y armonía entre la Iglesia y el Estado, dejando los hechos consumados, sin tocar lo relativo á manos muertas; se asignaba al clero una dotación para que pudiera subsistir, y se había de nombrar un general en jefe mexicano; fué notable que viniera el partido conservador, cuyas ideas absolutistas son muy conocidas, á poner fin á la faz del gobierno puramente personal con que se inauguró el Imperio.

Esta conducta de Maximiliano ya no podía salvar al Imperio; venía á ser fuera de oportunidad, y personas de buena fé decían claramente y en alta voz al infortunado Príncipe, que tan solo le quedaba cruzar los brazos y dejar que los sucesos siguieran para caer en el abismo, sin fatigarse en evitarlo, con tanta más razón cuanto que tenía ideas contrarias á las del partido á que se acababa de entregar; indicábanle que debía

abdicar pues nada había que esperar después que Mr. Seward declaró, en los Estados-Unidos, que á fines de 1866 ya no ondearía en la capital de México el pabellón francés. Entonces la abdicación de Maximiliano habría sido un acto de sensatez, puesto que carecía de dinero y ejército: para lo primero no disponía más que de Veracruz, cuyos productos eran aplicados, en parte, al pago de los intereses de la deuda extranjera, los demás puertos del Golfo estaban por los republicanos; San Blas y Mazatlán estaban bloqueados, Acapulco y Manzanillo nada producían, y el movimiento mercantil se hallaba muerto; para animarlo era preciso el ejército y para éste los recursos, quedando la vida del Imperio en un círculo vicioso desde que retiraron los franceses su auxilio, y en esa grave situación no tenían influencia las pequeñas derrotas que sufrían los republicanos, ni podían salvarla los pocos conocimientos hacendarios del Sr. D. Mariano Campos, llamado al ministerio de Hacienda.

Napoleón envió á su general Castelnau para decidir á Maximiliano á que regresara á Europa, y á participarle que era inexorable la resolución de retirar al ejército; el enviado llegó á Veracruz á mediados de Octubre y pasó á México cuando Maximiliano, enfermo de calenturas intermitentes y apesadumbrado por la noticia de que su esposa estaba gravemente enferma, se marchaba á Orizava sin esperar en la capital la llegada del Enviado francés. La partida de Maximiliano aumentó la efervescencia; los ministros creyendo que Maximiliano iba á embarcarse, renunciaron, pero ante la promesa que hizo aquel de que no sería larga su permanencia en Orizava, continuaron en sus puestos; esta manifestación no acabó con el malestar, al contrario, al anunciar la «Estafeta» que Bazaine quedaba de teniente general del Imperio y presidente del Ministerio, creció la exaltación precisamente cuando ese general criticaba la marcha de Maximiliano á Orizava. Empeoró la situación de este Príncipe con la derrota de seiscientos austriacos y más de cuatrocientos mexicanos en la Carbonera por las tropas al mando de Porfirio Díaz, suceso que determinó la posesión de Oaxaca por los republicanos; Riva Palacio y Cosío amagaban á Toluca; Tenancingo era incendiado en un ataque y Guadalajara declarada en estado de sitio. Así se derrumbaba el edificio levantado con tanto gasto y tanta sangre, y de nada sirvió querer sostenerlo con la derogación de la ley que impuso el quince por ciento á los poseedores de bienes nacionalizados, ni la reunión de los prelados eclesiásticos para dictar las bases de un Concordato; y á no ser por un decreto sobre cementerios y la derogación de ciertas leyes, no dió ya otras señales de vida el Gabinete Lares, cuyo programa era imposible cuando se hallaba estancado todo movimiento mercantil; el espíritu de empresa había plegado sus alas y los franceses exigían que les fuera entregada la Aduana de Veracruz, según una Convención firmada entre los Sres. Danó y Arroyo.

La prensa francesa en México, aconsejaba la abdicación como único paso conveniente, asegurando que era una ilusión creer que á la salida de los franceses encontraría Maximiliano en sus partidarios el dinero y las armas para sostenerse; que los mexicanos nunca olvidarían que era extranjero; que el sufragio sin recursos era impotente para defender lo que proclamaba, y que si Maximiliano escapaba á las defecciones y á las acechanzas de los norte-americanos, no escaparía á la penuria hacendaria. La «Sociedad» y otros periódicos declararon lo mismo; pero á las razones expuestas contestaban los periódicos imperialistas, entre ellos «La Patria», diario ministerial, con argumentos que en último análisis se reducían á que la Nación quedaría en la anarquía. «La Patria» calificó las razones que se daban para la abdicación, como ofensivas á los mexicanos y